



El sufrimiento psíquico en los niños

Psicopatología infantil y
constitución subjetiva

Beatriz Janin

En esta época, el psicoanálisis es una teoría y una práctica que subvierte lo ya dado en una sociedad en la que la cotidianidad está tomada por las urgencias, la eficiencia y en la que se prefiere recurrir a la vía más corta para acallar los síntomas. El libro trata de mostrar el sufrimiento de niños y padres, dejar que se desplieguen sus historias, entender los síntomas como un llamado, un desafío a decodificar, es lo que el libro quiere transmitir.

El psicoanálisis con niños es un espacio privilegiado para la investigación, una encrucijada donde se pone en juego toda la teoría psicoanalítica. Esta obra da cuenta de la articulación de los avatares de la constitución subjetiva y la psicopatología infantil, y asimismo se centra en temas específicos: dificultades de aprendizaje, problemas de conducta, fobias, psicosis, enuresis y encopresis, efectos de las crisis y de la separación; pensados a partir del aporte de diferentes autores y de la experiencia clínica. La articulación con el contexto social marca el camino.

ISBN 978-987-538-312-8



9 789875 383128

I.S.B.N. 978-987-538-312-8



APÍTULO 5	
El aprendizaje y sus avatares	89
APÍTULO 6	
Fobias, angustias y terrores en la infancia	127
APÍTULO 7	
Encopresis y enuresis	149
APÍTULO 8	
Patologías graves en la infancia	183
APÍTULO 9	
Las marcas de la violencia	221
APÍTULO 10	
Las crisis y los niños	239
BIBLIOGRAFÍA	257

Introducción

Este libro es un intento de transmitir los interrogantes, las cuestiones y cuestionamientos que me he venido haciendo a lo largo de casi cuarenta años de práctica psicoanalítica con niños y adolescentes, con respecto al sufrimiento infantil y sus diferentes manifestaciones.

Todos los días, la clínica con niños y con adolescentes me sorprende, porque cada niño trae consigo múltiples historias y preguntas y cuenta de un modo diferente sus infortunios.

Una de las cuestiones que preside de algún modo todo el libro es la inquietud por explorar este territorio tan complejo, en el que siempre somos, en algún lugar, extranjeros y, a la vez, viejos habitantes.

Porque es inevitable reencontrarse uno mismo niño en esos nuevos rostros. Y a la vez sorprenderse por lo novedoso, lo inesperado, como cuando un niño de cuatro años al que escucho por primera vez me dice: "Mi problema es más grande que un dinosaurio".

En una época en la que la tendencia es clasificar el sufrimiento, la idea de rescatar la complejidad de la vida psíquica, las vicisitudes de la constitución subjetiva y el tránsito complicado que supone siempre la infancia.

Indudablemente, sostener el pensamiento complejo se hace difícil y tendemos a ordenar, simplificar, a reducir a leyes claras y distintas lo trincado y ambiguo de la vida, que siempre resulta inquietante. Pero a la reducción, cuando están en juego los niños, puede ser peligrosa, porque nos vuelve ciegos a la realidad de sus avatares.

Entonces, en lugar de rotular, considero que debemos pensar qué es lo que se pone en juego en cada uno de los síntomas que los niños presentan, teniendo en cuenta la singularidad de cada consulta y ubicando ese síntoma en el contexto familiar y social en el que ese niño está inmerso.

He tomado algunos modos en los que se manifiesta el sufrimiento psíquico en la infancia con la intención de transmitir un modo de pensar la psicopatología infantil. Ni abarco todas las problemáticas ni supongo que mis reflexiones den cuenta de toda la riqueza del tema. Simplemente, es un intento de mostrar algunas líneas en las que algunas dificultades pueden ser pensadas. En ese sentido, espero posibilitar nuevos desarrollos.

El sufrimiento infantil suele ser desestimado por los adultos y muchas veces se ubica la patología allí donde hay funcionamientos que molestan, dejando a un lado lo que el niño siente. Es frecuente así que se ubiquen modos patológicos conductas que corresponden a momentos en el desarrollo infantil, mientras se resta trascendencia a otras que implican un cierto malestar para el niño mismo.

Estoy convencida de que cuando hablo de enuresis o de dificultades en el aprendizaje escolar me refiero a un efecto, producto de múltiples determinaciones, diferentes en cada niño. De esas determinaciones posibles, múltiples, trata este libro. Pero seguramente, tanto los lectores como yo misma, iremos encontrando otras, en tanto los niños nos vayan señalando nuevos caminos.

Algunos de los capítulos han sido publicados, en una primera versión, en otros espacios. Otros fueron escritos por primera vez.

Desde hace muchos años vengo planteando que la metapsicología freudiana da un eje para construir una clínica con niños que tenga en cuenta

la especificidad de esta práctica, sin traicionar los fundamentos teóricos que considero claves para pensar los avatares de la constitución psíquica. Es más, es la conceptualización de esos avatares —de la que Sigmund Freud da las bases y que ha sido desarrollada por psicoanalistas que retomaron su obra— la que nos permite pensar el trabajo psicoanalítico con niños y la psicopatología infantil.

Entonces, los dos primeros capítulos tratan de dar cuenta de la articulación entre los avatares de la constitución subjetiva y la psicopatología infantil, para centrarme en los capítulos siguientes en algunos temas específicos. Dificultades de aprendizaje, encopresis, enuresis, fobias, psicosis infantiles, efectos de las crisis y de la violencia, son desarrollados tomando en cuenta el aporte de diferentes autores y, sobre todo, pensados a partir de la propia clínica. La articulación con el contexto social marca el recorrido.

El psicoanálisis con niños es una encrucijada, un lugar de entrecruzamientos y un espacio privilegiado para la investigación.

Históricamente, es un lugar de controversias, de discusiones apasionadas, en tanto en la concepción del trabajo psicoanalítico con los niños, en el modo en que se piensan las conflictivas infantiles, se pone en juego toda la teoría psicoanalítica.

Hablar de niños en psicoanálisis es hablar de constitución, de desarrollo, de estructuración subjetiva. Remite a la sexualidad infantil, a las primeras inscripciones y al acceso a la cultura, a los destinos pulsionales previos a la represión primaria y al Complejo de Edipo con su estructuración diferente en niñas y varones.

Freud, con el descubrimiento de la sexualidad infantil, rompe con la noción de niño como emblema de ingenuidad y pureza. Con la conceptualización del aparato psíquico, define una estructuración signada por vivencias en las que los otros que realizan la acción específica, de los que el niño depende, son fundamentales.

Considero que el niño puede ser definido como un psiquismo en estructuración, estructuración signada por otros, en un devenir en el que los movimientos constitutivos, fundantes, se dan desde un adentro-afuera insoslayable.

Si algo espero que quede absolutamente claro a lo largo del libro es la peculiaridad de cada consulta. Peculiaridad que nos lleva a definir en cada caso con quién, cómo y cuándo intervenir.

En esta época, el psicoanálisis es una teoría y una práctica que subvierte lo ya dado en una sociedad en la que la cotidianidad está tomada por las urgencias, la eficiencia, y en la que se suele recurrir a la vía más corta para acallar los síntomas. Escuchar el sufrimiento de niños y padres, dejar que se desplieguen historias, entender los síntomas como un llamado, un grito a decodificar, es lo que quiero transmitir.

Si bien este libro está escrito por mí, es a la vez una obra colectiva, producto de la colaboración de muchas personas y de muchas historias. La mía, la de mis pacientes y alumnos y la de colegas con los que comparto ideas e interrogantes. Sin el intercambio con colegas, sin el apoyo de mi familia, sin mis pacientes, mis alumnos y mis maestros, no hubiera podido ser.

Por eso, quiero agradecer especialmente:

A mi familia, por el amor mutuo y el intercambio cotidiano de afectos y pensamientos.

A mis amigas y amigos, por compartir los avatares de la vida.

A mis pacientes, por el recorrido compartido. Y muy especialmente, a los niños que se analizaron y se analizan conmigo y a sus padres. Sin ellos, nada de esto hubiese sido posible.

A mis alumnos, que me enseñan mucho más de lo que puedo transmitirles, por sus preguntas e inquietudes y por compartir conmigo las dificultades de la clínica psicoanalítica.

A mis maestros, los presenciales y los de los libros, por todo lo que me transmitieron.

A todos los docentes de las Especializaciones en Psicoanálisis con Niños y en Psicoanálisis con Adolescentes de UCES y APBA, por su estímulo permanente, porque me vienen ayudando a precisar problemas y a investigar distintos temas y porque hemos construido un espacio compartido de debate y reflexión permanente.

A los colegas y profesionales de diferentes disciplinas (neurólogos, psiquiatras, pediatras, psicopedagogos) del *forumadd*, con los que creamos un espacio de lucha contra la patologización y medicalización de la infancia, porque son un incentivo cotidiano para replantear la práctica y transitar nuevos caminos.

A Gabriel Donzino y a Mabel Rodríguez Ponte, por haberme ayudado a revisar algunos capítulos con una lectura crítica e inteligente.

Capítulo I

AVATARES DE LA CONSTITUCIÓN PSÍQUICA Y PSICOPATOLOGÍA INFANTIL

Consideraciones generales sobre la nosografía psicopatológica ante la complejidad de la clínica con niños

Consultan por un niño. Se despliegan historias, y el consultorio se puebla de recuerdos, fantasmas, ilusiones perdidas, reproches... y nos piden que pongamos un nombre: un diagnóstico, es decir, un cartel que señale a ese niño como portador de tal o cual patología.

Lo que molesta debe ser delimitado, clasificado. Hay sufrimiento. Pero, ¿qué molesta de un niño? y ¿quién o quiénes sufren?

Son los padres, muchas veces, los que dictaminan que un tipo de funcionamiento es patológico. Pero son ellos, a la vez, los que erotizan, prohíben, son modelos de identificación, portadores de normas e ideales, primeros objetos de amor y de odio, transmisores de una cultura. Sus

deseos, sus modos defensivos, sus normas superyoicas, sus terrores tienen un poder estructurante sobre el psiquismo infantil. Aparato psíquico en constitución, el niño va armando diferentes modos de reacción frente a los otros, diferentes modos de defensa frente a sus propias pulsiones. Va estableciendo modos privilegiados de conseguir placer, va consolidando lugares.

Cuando alguien es concebido, ya entra en una cadena de representaciones en la que va a ocupar un eslabón. Así es soñado por otros: *“que sea... aquello que no pude ser, pero también lo que mi padre esperó de mí y yo no cumplí, o lo que mi madre y mi padre esperaron de sí mismos, o mis abuelos de mi padre o de mi madre...”*, con frases: *“será un gran científico, será bailarina, será muy travieso...”* Pero también: *“es una muñeca, es un ratoncito, es para el hermano, es para la abuela...”* Enunciados que denuncian y encubren complejas historias de varias generaciones.

¿Cómo se pasa de ser un eslabón en una historia ajena a tener una historia propia?

El niño es, de entrada, incluido en un universo de pasiones y prohibiciones. Es acariciado, mirado, hablado por otros. La madre¹ ejercerá un poder casi absoluto al abrir recorridos de placer y displacer, al otorgar sentido a su llanto, movimientos, gestos, al determinar qué satisfacciones están permitidas. Ella dice lo que él necesita, desea, siente. Le impone al niño una elección, un pensamiento o una acción, a partir de sus propios deseos, identificaciones e ideales, pero teniendo en cuenta a la vez las necesidades del niño. Esto que permite que el niño se humanice, que sus urgencias cobren sentido humano, también implica la posibilidad de un exceso de violencia, de una imposición a ultranza de la voluntad materna, de una imposibilidad de reconocer que ese otro es alguien diferente a ella, alguien que crece y va teniendo voz propia, que la función de prótesis del psiquismo materno va variando en los diferentes momentos de la constitución psíquica.² ¿Cómo reconocerse como alguien si se es concebido como un pedazo de otro? ¿Cómo ligar las diferentes zonas erógenas si son parte del cuerpo materno?

El semejante que instaura un “plus de placer” en la satisfacción de la necesidad, que posibilita la vivencia calmante frente a la irrupción del

dolor, tiene una función ligadora, inscriptora. Pero, si a la tendencia del psiquismo infantil de evitar todo displacer, se le suma el predominio del rechazo desde el otro, el displacer se trueca en dolor y el dolor en terror insoportable, con lo que se establece un circuito tanático desinscriptor y desligador. La erogeneización del cuerpo puede transformarse en excitación lacerante que posibilita la fragmentación autoerótica, quedando trazado un camino de aversión a investir la imagen mnemónica vivida como hostil. Y la representación unificada del cuerpo puede estallar registrando un conjunto de zonas equivalentes entre sí. Cuestiones que nos llevan a pensar las patologías graves.

■ Pero también hay dificultades para representar psíquicamente, para simbolizar, cuando el niño queda ubicado como tacho de basura de angustias no tramitadas de sus padres y denuncia con su cuerpo el estado psíquico de aquellos, como en los cuadros psicósomáticos y en algunas oligotimias, cuando no hay espacio para un pensar diferente al materno.

La clínica suele cuestionar todos los intentos de “encuadrar” los diversos modos del sufrimiento infantil. “Neurosis”, “perversión”, “psicosis”, resultan insuficientes por la extensión y complejidad de la problemática. Es por ello que, sin desconocer la importancia de los grandes cuadros, creo que es fundamental pensar las fallas en la estructuración del psiquismo, las características peculiares de la patología en un aparato psíquico que está en vías de constitución y la incidencia de los otros en esa estructuración.

■ Quizás una primera cuestión a considerar sería: un mismo trastorno (o síntoma) puede aparecer en estructuras psíquicas muy diferentes. Es decir, no hay correlación entre el síntoma y la estructura. Hay vías que se abren en estructuras en constitución. Así, un problema como la “falta de atención” puede estar ligado a un proceso de duelo, a una retracción en la fantasía, al predominio de la desmentida o a dificultades en la constitución de la pulsión de ver, entre otras posibilidades.

En principio, los niños nos patean el tablero. Cada vez que intentamos organizar lo que les pasa en cuadros, rompen los cuadros. Cada vez que tratamos de ubicarlos en una estructura, muestran una faceta que desestructura todo y nos desestructura. Para peor, consultan por uno y vienen varios, y suelen presentar dificultades que involucran cuestiones tan bási-

cas como hablar, caminar, controlar esfínteres... Viejos interrogantes que nos exigen hoy más que nunca reflexionar sobre ellos.

Las consultas son frecuentemente por patologías graves y nos encontramos con niños que fluctúan entre momentos de desconexión y episodios de estallido indiscriminado; o con otros aparentemente dóciles y tranquilos, pero que no acceden al aprendizaje de la lecto-escritura; o con niños con mutismo selectivo, o supuestos hiperactivos, o los que presentan enfermedades psicósomáticas, o fobias graves, o que sostienen dificultades en el control de esfínteres, o retrasos importantes en el desarrollo. Así, los niños que no juegan o que no establecen relación con los otros, o que no responden a normas, o que no aprenden, nos imponen la necesidad de pensar todas estas cuestiones, de afinar los conocimientos teóricos para animarnos a abordar seriamente todos estos trastornos.

Si pensamos que nuestra meta es trabajar en la dirección de Eros, lo que implica tender a una complejización creciente, deberemos pensar desde la diversidad de las problemáticas.

El predominio de Eros o de Tánatos, en tanto no lo consideremos como innato, será a su vez resultante de una historia que es siempre historia vivencial. Así, podemos decir que la madre es fuente de la pulsión de vida, de la vitalidad del hijo.

Desear, sentir, pensar, pueden sufrir diversas vicisitudes en una historia de pasiones. Entre otras, el dolor excesivo puede determinar una desestimación del sentir mismo, una expulsión del registro afectivo o, en otros casos, una desmentida del pensamiento doloroso. Así también, cuando la organización yoica tambalea porque no hubo un otro sostén y continente con quien identificarse, el niño puede vivir sus deseos como peligrosos y esto manifestarse a través de un "deseo de no deseo".

LOS CAMINOS DE LA SUBJETIVACIÓN

El aparato psíquico no está constituido de entrada. Las pulsiones sexuales, el yo, las defensas, el superyó y el ideal del yo se constituyen en una historia vincular.

Se nace con la tendencia a descartar, a arrojar de sí, todo aquello que perturba. Esta "tendencia al cero" o Principio de Nirvana, se transforma rápidamente en Principio de Constancia, en la medida en que hay inscripciones, restos de vivencias. Ese psiquismo que tiende a descartar cualquier estímulo es marcado por vivencias de placer que dejan rastros, huellas que de ahí en más motorizan el aparato y frenan la tendencia al cero.

Es decir, lo que deja marcas, huellas mnémicas, inscripciones que se van anudando y reorganizando, son las vivencias, mucho más que los sucesos "en sí", entendiéndolo por vivencias el modo en que los hechos se inscriben y se ligan en cada uno. Este modo de inscribir y ligar va a estar determinado por las características de las pulsiones en juego, las defensas predominantes y el tipo de pensamiento que opera en ese momento. Es decir, el mismo hecho puede ser vivenciado de un modo diferente de acuerdo con el momento de estructuración psíquica en el que se encuentre el niño, con la historia previa y con el estado anímico de los que lo rodean.

El niño nace con ritmos biológicos (ciertas secuencias de sueño y de hambre), pero es en el vínculo con otro que se van construyendo ritmos psíquicos. La madre tiene a su vez sus propios ritmos. Y es en el entrecruzamiento entre ambos que algo nuevo se va construyendo. La madre, desde la flexibilidad que le va dando la relación empática con su hijo, va teniendo en cuenta los ritmos de aquel, armando un espacio compartido imprescindible para que prime el principio del placer, una conjugación que permitirá luego armar melodías. ¿Cuántas veces tenemos que comenzar a instaurar con un niño esos primeros ritmos?

A través de los cuidados maternos, en esa intrincación entre la necesidad y la caricia del otro se van construyendo recorridos de placer-displacer. Pero debemos tener en cuenta que cada madre erogeneizará de acuerdo con su propio mapa erógeno, con su propia historia de placeres y prohibiciones.

Las diferentes zonas del cuerpo pasan a ser representadas de un modo particular. Boca-pecho-placer-incorporación forman una cadena representacional que se va a ligar a otras. En el recorrido de caricias, se van abriendo las zonas erógenas. Es decir, algunas zonas del cuerpo cobran un valor erótico particular.

El cuerpo va siendo erogeneizado, se abren surcos, zonas privilegiadas del placer. Las zonas erógenas funcionan en forma independiente unas de otras. ¿A quién hablar en este universo de ritmos en el que las palabras son ruido? Y si los recorridos de deseos se van conformando en la relación con los padres, ¿es en ellos en quienes encontraremos las determinaciones inconscientes?

Universo de ruidos, caricias, miradas, sensaciones propioceptivas, cinéticas y quinesísticas... en las que el niño registra los afectos maternos y no puede diferenciarlos de los propios. Así, el amor materno es vivido como fusión con el otro, y el rechazo materno, como un rechazo a sí mismo.

Signos perceptivos, restos de caricias, de olores, de sabores, que se conjugan de un modo particular. Estas primeras representaciones son inscripciones que se enlazan por simultaneidad (por ocurrir en un mismo momento) y luego por contigüidad (una después de la otra), y que exigen un trabajo al servicio del principio del placer. La alucinación primitiva, primer movimiento psíquico, señala la eficacia de estas huellas al presentificar el objeto perdido.

Así, se van abriendo caminos de deseos, recorridos que se transitarán infinitas veces, en una búsqueda permanente. Motores de la vida, los deseos acicatean e insisten, intentando reproducir el placer perdido. Placer que alguna vez tuvo lugar y que dejó una huella, tan irrepetible como idéntica, que se transformó en exigencia de reencuentro y que, por ende, puede promover nuevos placeres.

Pero no sólo hay vivencias de placer, sino que hay otro tipo de vivencias: las de dolor (tratadas por Freud fundamentalmente en el *Proyecto de una psicología para neurólogos*), que dejan otro tipo de marcas. Lo que quedan son caminos de arrasamiento psíquico que, “como la marca del rayo”, quiebran conexiones. Inscripciones que llevan a la huida, a la desinvestidura del objeto mnemónico hostil, al vaciamiento representacional. Dice Freud: *“Que el dolor vaya por todos los caminos de descarga es fácilmente comprensible. Según nuestra teoría (a saber, que Q crea facilitación), el dolor deja como secuela en psi unas facilitaciones duraderas, como traspasadas por el rayo; unas facilitaciones que posiblemente cancelan por com-*

pleto la resistencia de las barreras-contacto y establecen ahí un camino de conducción como el existente en fi” (S. Freud [1895], 1950, 352).

Y hay un tercer tipo de vivencias: las vivencias calmantes. Frente al dolor, está la posibilidad de que otro acune, hable, cante, ayudándolo a ligar el estallido y a que la huella ya no deje una tendencia a desinvertir, sino una posibilidad de ligar lo doloroso a otras vivencias. Así, cuando un niño grita de dolor, la caricia o la palabra de otro puede transformar lo insoportable en tolerable, en una representación pasible de ser ligada.

Cuando el dolor irrumpe como vivencia terrorífica, cuando no hay modo de ligar por sí mismo lo que siente, aquello que rompe conexiones y deja un campo arrasado, el que haya alguien que contenga, que inicie la vivencia calmante, posibilitará que en lugar de la pura tendencia a la desinscripción, en lugar del agujero representacional, se establezcan nuevas redes de representaciones y que se frene el “desagüe de recuerdos”. Pero para esto el adulto tiene que tolerar lo que el dolor del niño desencadena en sí mismo. Es decir, la constitución de redes representacionales en el niño está posibilitada por el sostén de un otro que puede construir un espacio psíquico para él.

Dijimos que las vivencias van abriendo caminos deseantes y caminos de rechazo. Sensaciones, afectos, pensamientos, se entremezclan y conjugan...

Modos del inscribir que van dejando lugar a otro tipo de inscripciones, que se van traduciendo en representaciones-cosa y en representaciones-palabra.

Pero para que haya posibilidad traductora, para que los signos perceptivos vayan dando lugar a las otras representaciones, para que el proceso originario dé paso al proceso primario y secundario, deberá haber un adulto que pueda fantasear y pensar, ayudándolo así a traducir esas primeras inscripciones en otras lógicas.

Las representaciones-cosa permitirán otro tipo de enlace, por analogía y causalidad primaria y darán lugar a arborizaciones múltiples. El proceso primario es el nombre de esta otra lógica, en la que un elemento puede tomar todo el peso, todo el valor de otro o de muchos otros. Desplazamiento y condensación son las leyes que rigen el devenir de las

representaciones. Si el proceso primario es el modo de funcionar del inconsciente, y los deseos inconscientes son el motor del psiquismo, las representaciones a predominio imagen son la materia de la que está constituido este sistema. Las coordenadas de tiempo y espacio no existen en esta lógica, no hay devenir temporal, sino un eterno presente; no hay negación, ni contradicción ni duda, y todo está regido por el principio de placer.

Los tres modos de inscripción de los que habla Freud (signo perceptivo, representación-cosa y representación-palabra) suponen traducciones sucesivas que implican reorganizaciones y modificaciones. Si no hay traducción, lo inscripto permanece con mayor vigencia. Por el contrario, la traducción permite que el texto original se mantenga, pero que la fuerza de su determinación disminuya.³

Esta posibilidad de traducción, que se da a posteriori, depende de otro. Un niño solo quedaría sujeto a sensaciones que no podrían cobrar sentido o que quedarían en eso: sensaciones y urgencias.

Entonces, las vivencias dejan marcas, se inscriben. Son sabores, olores, sensaciones cenestésicas, que van armando redes representacionales. Pero para que tomen ese cariz de pasibles de ser traducidas se necesitará que haya otro que no sólo calme la necesidad y brinde placer, sino que además signifique lo vivenciado.

Los niños muy pequeños están atentos a los estados emocionales de los otros, sin poderlos comprender como ajenos. Es decir, el niño va armando sus redes representacionales, va constituyendo sus circuitos de pensamiento, en relación con los otros que lo rodean, fundamentalmente en relación con el funcionamiento psíquico de esos otros. Si los adultos pueden metabolizar sus pasiones, tolerar sus propias angustias y contener al niño, le irán dando un modelo que le posibilitará pensar. En este sentido, el otro humano es condición de la posibilidad de discernir, es sobre aquel que el niño aprende a diferenciar bueno y malo, fantasía y realidad y a construir vías alternativas a la descarga directa e inmediata de la excitación.

En la medida en que el niño se va pensando a sí mismo como alguien, en que puede ir armando una representación de sí, a partir de la imagen

de sí que le dan los otros, esta organización representacional va a actuar inhibiendo la descarga directa, la tendencia a la alucinación o a la defensa patológica (la expulsión de la representación).

La capacidad para registrar los propios sentimientos se da entonces en una relación con otros que a su vez tienen procesos pulsionales y estados afectivos. Pero los padres deben sentir su propia vitalidad, registrar su propio empuje interno y sus sentimientos, para significar los afectos del niño y sus deseos.

Siguiendo los desarrollos de Piera Aulagnier, podemos decir que los pictogramas de fusión y de rechazo son dos modos muy primarios de representar las sensaciones, los afectos, a sí mismo y al otro, líneas directrices, esbozos que podrán organizarse de diferentes modos. Así, el pictograma de fusión es una representación en la que entre psique y mundo hay atracción mutua y placer, mientras que en el pictograma de rechazo cuerpo y mundo se revelan como causa de sufrimiento, lo que deriva en odio y deseos de aniquilamiento del cuerpo y del mundo (P. Aulagnier, 1977).

La madre le ofrece al niño un mundo ya codificado por ella, peculiar lectura del mundo que se transmite a través de palabras, gestos y miradas. E interpretará el llanto del niño de acuerdo con sus propios registros y con su propia historia.

Diferentes lugares podrán serle otorgados. La madre se puede identificar con la propia madre o con el niño. Y el niño puede quedar ubicado en la fantasmática materna como hijo incestuoso de su padre, como hijo de su propia madre, como reedición de sí misma o como otro nacido de un vínculo exogámico.

Puede ser vivido como alguien para el que se sueñan proyectos o puede ser parte del proyecto materno. Él lo podrá todo, lo que lo lanza a un futuro. Pero también él ya lo es todo, ya lo puede todo. Es "his Majesty the baby" y esta adjudicación de poder pone al descubierto el narcisismo parental en juego en la relación con el hijo. Hijo que se constituye como yo ideal, identificado con la imagen omnipotente de los padres. Ser maravilloso para uno mismo sería imposible sin la certeza de ser "la octava maravilla" para ese otro, único y perfecto (en la fusión madre-padre). Así, idealizado por padres a los que idealiza y de los que se diferencia sólo por

momentos (cuando predomina el odio), el niño se hace soporte del narcisismo de los padres. Encarnar el ideal de perfección y omnipotencia, serlo todo para el otro, he aquí una meta que reaparecerá a lo largo de la vida, particularmente en las relaciones amorosas.

Esta constitución narcisista, el amor a sí mismo, fundado en una idea totalizadora de sí, proveniente de otro, es una pieza clave en el juego vida-muerte.

Entonces, por identificación primaria se constituye un yo (el yo de placer purificado) que, regido por el principio de placer, no se diferencia claramente del funcionamiento pulsional, si bien implica un primer grado de organización de las sensaciones corporales. En ese sentido, este yo va en el sentido de las pulsiones, es agente de las pulsiones, pero se opone a ellas por ser una organización. Como "yo corporal" implica la articulación de las zonas erógenas y a la vez se funda en una identificación primaria en la que se "es" el otro.

El "amor" es acá incorporación de lo placentero. Lo displacentero es arrojado fuera de sí en un movimiento en que un mundo exterior, hostil, se va constituyendo. Pero el hambre no puede ni satisfacerse alucinatoriamente ni ser desconocido. Así las pulsiones de autoconservación, junto con aquellas que siendo sexuales no se satisfacen autoeróticamente, demandan un objeto y se constituyen en esos movimientos-destinos pulsionales que son la vuelta sobre sí mismo y el trastorno hacia lo contrario, obstaculizan el funcionamiento de este yo producto de la sensación, organización de huellas mnémicas. Decimos que se constituye por identificación primaria. Es decir, hay desconocimiento del otro, pero está posibilitado por otros.

Que este universo regido por el placer-displacer se abra al juicio de existencia, supone que las pulsiones antes mencionadas, así como sus destinos, pueden empezar a recortar un objeto como existente más allá del placer y el displacer. Y son también los adultos los que, a través de actos cotidianos producto de un funcionamiento a predominio del principio de realidad, inciden en esa apertura. ¿Es posible entonces operar sobre esa estructura, cuando no hay salida del Yo del placer purificado, sólo desde el niño?

El yo de placer purificado se constituye por identificación primaria en una triple conjunción: 1) a la imagen idealizada de la madre, a ese otro-espejo organizador, gestalt que se anticipa a la representación unificada de sí (como afirma Lacan en el estadio del espejo); 2) a la imagen que los padres le devuelven. Es decir, al mirarse en los ojos de la madre, tal como plantea Winnicott, el niño se ve en la imagen que ella le devuelve de él; esa mirada será fundamental en la representación que el niño forje de sí mismo; 3) a la representación que él puede forjarse de sus padres (padre-madre acá indiferenciados) en función del modo en que ellos se ven a sí mismos (la imagen de sí que le transmiten, mediada por la mirada del niño). Así, un padre depresivo será un espejo peculiar en el que el niño se verá reflejado.

Se forma así una imagen de sí en la que quedan sobreimpuestas representaciones de otros (antepasados, figuras significativas, etc.) a través de las cuales el niño recibe un determinado "ser". Esto puede inducirlo a un funcionamiento acorde con aquello que le es adjudicado.

Pero la identificación primaria es un proceso constitutivo, estructurante de la instancia del yo y, como tal, queda incorporada a su organización estable. Se trata de una incorporación "sintomal silenciosa", es decir que lo que se conforman son rasgos de carácter y los trastornos que se derivan no son producto de transacciones ni remiten a un contenido oculto.

El niño queda atrapado en el "ser" que los otros le proponen. No puede oponer enunciados identificatorios propios a los que se proyectan sobre él. Queda inerte frente a ese ser identificado como: "el terrible, el genio, el malvado..." en tanto no puede apelar a otras representaciones de sí. A la vez, por el tipo de lógica predominante, supone el rasgo como totalizador. O sea, queda apresado en ese calificativo que lo identifica como si fuera el único rasgo. Esto nos plantea el problema de los diagnósticos tempranos, que terminan operando como sellos que lo identifican ("es un trastorno bipolar o es un déficit de atención"), impidiendo transformaciones.

Si un niño debe tener valor fálico, ser maravilloso para los padres, un déficit en el caudal de libido idealizadora acarreará una organización defectuosa del yo como yo ideal. Y una estructuración narcisista endeble

requerirá permanentemente un funcionamiento defensivo para sostenerse. Así, dice Green: *“los narcisistas son sujetos lastimados; de hecho, carenciados desde el punto de vista del narcisismo. A menudo la decepción cuyas heridas aún llevan en carne viva no se limitó a uno solo de sus padres, sino que incluyó a los dos”* (A. Green, 1986, 18).

A la vez, será imprescindible que el niño pueda ir tolerando fracturas narcisistas. Golpes al narcisismo que resultarán imposibles si los padres no pueden soportar la caída de “su majestad” al rango de niño, semejante a otros niños, si los padres se sostienen a sí mismos a través de ese hijo supuestamente ideal y se consideran a sí mismos como posibilitadores de todos sus placeres. Muchas veces, el decirle “no” a un hijo implica reconocer los propios límites, las propias dificultades, y eso es intolerable.

Así, durante toda la primera infancia, el yo que reina será el yo de placer, ya no purificado (ideal), un yo que por ser una organización se opone al devenir pulsional, pero que va en el sentido de las pulsiones y en el que predomina el principio del placer. Sería el yo del “yo quiero”.

Es en este trayecto que las palabras, que en un principio fueron ruidos y fueron tratadas como cosas, se inscriben como esbozos de representaciones preconscientes. Ello y yo comienzan a diferenciarse más nítidamente. Aparece el juego imitativo, el pensamiento cinético, es decir, aquel que recuerda a través de la acción. Punto importante a tener en cuenta cuando observamos los movimientos de un niño. Memoria motriz, tiempo del juego como alucinación motora, rápido pasaje del deseo a la acción, ¿es posible interpretar cuando los deseos no han sido reprimidos o lo que hacemos es prestar palabras a ese accionar, teniendo en cuenta que acción, gesto y palabra deben ser coherentes para que la intervención tenga efecto ligador?

Del predominio de la zona erógena oral se pasa a la prevalencia de la organización anal. Se reorganizan las inscripciones, cuyo enlace es ahora por analogía y causalidad primaria. En el camino de fracturas del cerramiento narcisista, el control de esfínteres es efecto de la posibilidad inhibitoria del Yo y de su mayor dominio motor. Dominar, ser dominado, dominarse, son pruebas de poder de un Yo que está más recortado del Ello y que puede inhibir el devenir pulsional por amor a los padres y por

temor a su castigo. Pero aún son los padres los que ponen los límites a la satisfacción pulsional, de acuerdo con lo que posibilita su propia constitución psíquica. Acción y palabras entrelazadas; límites externos a los deseos, un Yo que es un “Yo quiero”, ¿en qué estructura hacer consciente lo inconsciente? En tanto las vicisitudes pulsionales previas a la represión primaria (la vuelta contra sí mismo y la transformación en lo contrario) son vueltas de la pasividad a la actividad y viceversa, así como trastocamientos del lugar del sujeto, están en gran medida determinadas por las respuestas de los otros.

En esta etapa, el pensamiento es mágico y animista. En *Totem y Tabú*, Freud dice: *“Si el juego y la figuración imitativa contentan al niño y al primitivo, ello no es un signo de modestia tal como nosotros la entendemos, ni de resignación por discernir ellos su impotencia real, sino la consecuencia bien comprensible del valor preponderante que otorgan a su deseo, de la voluntad, que de él depende, y de los caminos emprendidos por ese deseo”*.

Y después: *“En el estadio del pensar animista no existe todavía oportunidad alguna de demostrar objetivamente el verdadero estado de cosas; esa oportunidad se presentará sin duda en estadios posteriores, cuando aún se cultivan tales procedimientos, pero ya se ha vuelto posible el fenómeno psíquico de la duda como expresión de una inclinación a reprimir”* (S. Freud [1913], 87/88).

Inclinación a reprimir que marca el pasaje a la fase fálica.

Las representaciones se reorganizan según nuevas categorías. La oposición actividad-pasividad da lugar a otra: fálico-castrado. El tipo de pensamiento sigue siendo animista. Las explicaciones que se dan a las incógnitas que les plantea la realidad recorren las vías de los deseos y las vivencias. Las teorías sexuales infantiles son una muestra de ello, al mismo tiempo que denuncian una mayor organización del pensamiento.

El yo lucha por mantener su lábil coherencia desmintiendo la realidad de las diferencias sexuales. Cuando esto se torna obstáculo para el desarrollo de la curiosidad sexual e impide la constitución de la pulsión de saber, ¿es posible modificar esta estructura sólo desde el niño? Ataque al narcisismo, la castración sólo podrá ser aceptada si lo visto se liga con lo oído, dando lugar a una nueva estructuración.

La represión primaria comienza a mostrar sus efectos, aunque su labor culminará más tarde. Aparecen los primeros indicios de la unificación de las pulsiones parciales cuando el conjunto de aspiraciones se dirigen hacia una persona única en la elección de objeto incestuoso. Amor y odio se distancian, mientras que las organizaciones anteriores se caracterizan por la ambivalencia. Las primeras represiones de mociones pulsionales pueden provocar ataques de angustia, en tanto el yo se enfrenta a los deseos incestuosos que aparecen como contradictorios y peligrosos y que amenazan con desorganizarlo.

Represiones tempranas, que pueden resultar excesivas, desmentida de la diferencia sexual junto a un pensamiento más estructurado, fantasías, juego dramático...; el quehacer del analista ¿tendrá que ver con darle palabras a aquello que nunca las tuvo y, al mismo tiempo, analizar en los padres la reactualización de sus propios deseos edípicos?

Con el naufragio del Complejo de Edipo, la represión primaria culmina, el superyó se instaura, el yo se constituye como yo de realidad definitivo. Pero la latencia no es homogénea, y los padres de la infancia, cuyos rasgos han sido internalizados, siguen operando como figuras reales.

A la vez, no todo está determinado en la infancia.

La pubertad es un momento reorganizador y puede traer sorpresas.

Pienso que no hay ni continuidad lineal ni creación absoluta, sino que la adolescencia posibilita nuevas vías, nuevos recorridos, nuevas imágenes de sí y de los otros, pero que esto a su vez se construye sobre lo ya inscripto. Es decir, las determinaciones no son lineales, sino complejas.

¿Qué ocurre en la pubertad con las primeras inscripciones, las sensaciones y desarrollos de afecto no pasibles de ser traducidas, que quedaron como "tendencia a", esforzando recorridos?

Las inscripciones originarias, como el predominio del pictograma de rechazo, con el consiguiente rechazo a sí mismo; o el predominio del pictograma de fusión, no se expresan directamente, pero son el fondo sobre el cual, cuando la "movida" adolescente irrumpe, se despliegan las pasiones.

La prevalencia del pictograma de rechazo puede llevar a un no querer desear, a un rechazo a todo deseo. Se sostiene como único el deseo de

que nada cambie, que todo se mantenga idéntico a sí mismo. Cualquier otro anhelo, en tanto implica una búsqueda de placer, quiebra este designio mortífero y es rechazado.

Esto, pensado en la pubertad, lleva a un conflicto importante, porque... ¿cómo lanzarse a la aventura de buscar nuevas posibilidades si el deseo mismo es peligroso, si lo único que se busca es el silencio de la nada?

Y muchas veces, frente al estallido pulsional desbordante, el púber, que no sabe qué hacer con tanto alboroto interno, con su cuerpo cambiante, con sus identificaciones que son propias y ajenas a la vez, puede buscar caminos complejizadores, armar novelas, crearse familias sustitutas y pieles nuevas, pero también puede intentar expulsar de sí todo dolor, toda pasión, todo empuje y toda identificación que le recuerde a aquellos de los que se quiere diferenciar.

Si las primeras inscripciones son fundamentalmente sensoriales, corporales (ya hablemos de los signos perceptivos o de los pictogramas), ¿qué ocurre con ellas cuando lo que cobra otra dimensión es la representación del cuerpo, cuando éste pasa a tener nuevas sensaciones?

Inscripciones sensoriales, ligadas al placer o al displacer, significadas o no, traducibles o no.

Y también otro tipo de inscripciones, aquellas que remiten a un vacío, a la irrupción de lo no dicho, a la marca de lo que rompe las tramas. Inscripciones de lo no-inscripto, aunque parezca paradójico, de agujeros representacionales.

Por otra parte, sabemos que el modo en que estas marcas se articulen está determinado por una transmisión que permite un marco en el que las escenas se arman.

Lo enigmático, lo que no fue puesto en palabras porque tampoco las tuvo para el adulto, aquella irrupción de la sexualidad adulta que el niño registró, pero que no pudo tramitar ni traducir, las marcas de las pasiones de los otros, indicios de sus deseos sexuales y hostiles, que lo dejaron en un estado a veces deseante, a veces de excitación ni siquiera pasible de ser traducida en fantasías, deja marcas. Marcas que en el fragor de los cambios puberales se derivan en actuaciones, adicciones, pura descarga de lo no tramitado o, también, en inhibiciones y prohibiciones.

Son las huellas de lo que permaneció idéntico a sí mismo, enterrado. Esa especie de cuerpo muerto que se mantuvo durante años, intocable, al reactualizarse los deseos incestuosos, al cobrar otra dimensión las sensaciones y reorganizarse el mundo fantasmático, puede reaparecer en una dimensión trágica. Dimensión de lo mortífero que irrumpe en la adolescencia en el entrevero de sexualidad y muerte.

Pero también está la posibilidad de que lo enigmático, lo no traducido, pueda ser retomado y se le otorgue un nuevo sentido, que no se dio en su momento, y que vivencias de la adolescencia den forma, fantasmaticen, algunas marcas de la infancia, abriendo nuevas posibilidades. Es decir, suele haber movimientos transformadores...

Porque cuando se pueden construir recorridos deseantes, el adolescente se abre al mundo y puede ser precursor, portador de novedades, hacedor de la historia.

Y esto me parece fundamental: si las inscripciones primordiales dieron lugar a sucesivas traducciones, ya sea en forma de fantasías o de pensamientos, y permitieron construir recorridos deseantes, ese adolescente tiene facilitado el camino para sostener proyectos.

Es casi inevitable que haya regresiones a modos de funcionamiento más tempranos. Las modalidades orales y anales suelen predominar (de hecho, los adolescentes suelen ser "anales" en su forma de vestirse y en su vocabulario), pero también puede aparecer la regresión al vacío, a los agujeros que dejó la historia, a la desobjetalización de la pulsión, que la torna mortífera.

Momento en que, nuevamente, como en la infancia, el papel de los adultos es fundamental.

En este sentido, es interesantísimo pensar en el esfuerzo que tiene que hacer el niño pequeño para organizar sus percepciones, para organizar el mundo y cómo, siguiendo a Winnicott, sabemos que depende absolutamente del entorno, pero que es fundamental que él suponga que ese entorno tiene algo de creación suya. Pero ¿qué ocurre con esto en la adolescencia? Cuando el adolescente, que también depende del entorno, odia esa dependencia, cuando quiere arrojar de sí todo lo que le recuerde la dependencia, puede intentar expulsar y matar aquello que se ha hecho carne en

él. Por eso es tan importante con los adolescentes que haya un entorno que les permita creerse, por momentos, hacedores de su propio mundo.

Igual que en la primera infancia, el adulto tiene que estar y no estar, estar cerca, pero no abrumar, permitir ese espacio en el que se pueda crear.

Y si aquello que lo constituyó como primeras marcas identificatorias estuvo signado por el rechazo, cuando el adolescente se tiene que desprender de ese o esa que era y a la vez seguir siendo el mismo, en esa continuidad y discontinuidad que marca la relación del yo consigo mismo a través del tiempo, ¿cómo hacerlo sin desgajarse, sin rechazar o expulsar pedazos de sí?

Podemos afirmar que no se pueden hacer predicciones, que nada está jugado de antemano y que la adolescencia es una nueva oportunidad.

Pero será más fácil soportar los embates pulsionales y los del mundo cuando la estructuración psíquica ha sido sólida, cuando las inscripciones tempranas no han quedado como líneas directrices sin salida, sino que han podido ser, siempre parcialmente, traducidas a otros idiomas, a otros modos del representar.

Si alguien está conectado con sus propias sensaciones, con su funcionamiento pulsional, con sus afectos, si pudo armar fantasías transformadoras, si las identificaciones que lo constituyen no están signadas por el rechazo, podrá tolerar mejor ser "otro" siendo el mismo, soportará ese momento en que se es un ensamblaje de pedazos de otros sin sentir que para ser alguien, diferente a los que lo rodean, tiene que expulsar pedazos de sí mismo.

Cuando lo que prima es la tendencia ligadora y complejizadora, el pasaje se podrá tramitar con menor sufrimiento.

Este desarrollo, historia de estructuraciones y reestructuraciones, nos muestra, en principio, que un niño es un psiquismo en constitución y que sus actos, afectos y pensamientos no pueden ser interpretados conforme a nuestras propias constelaciones psíquicas.

Es que, si previo a la represión primaria no podemos encontrar síntomas que sean efecto del retorno de lo reprimido, si el proceso secundario y el Prcc como sistema no se han estabilizado, si las asociaciones que rigen el pensamiento son por analogía y por contigüidad, tenemos que reformularnos la psicopatología y plantearnos un abordaje específico.

NOTAS

1. Entiendo por "madre" a quien desempeña la función materna.
2. Piera Aulagnier define violencia primaria y violencia secundaria, sosteniendo que, si bien la primera es una violación del espacio psíquico del niño, es una oferta de significación imprescindible en el proceso de humanización, mientras que la secundaria implica un abuso de poder, una interpretación de toda manifestación del niño que no tiene en cuenta ni sus avatares ni sus cambios, lo que resulta un exceso para el funcionamiento del yo (*La violencia de la interpretación*).
3. Cuando un texto se traduce, puede ser leído por mucha más gente, lo que lo hace más accesible, pero también transforma el original en menos imprescindible. A la vez, entre el texto original y la traducción siempre hay diferencias, agregados, distorsiones inevitables, debidas a las diferencias de las lenguas. Esta comparación nos puede servir para pensar lo que ocurre en la traducción de las representaciones-cosas y las representaciones-palabra, si bien en este caso la diferencia es mucho más radical.

Capítulo 2

DIAGNÓSTICOS EN LA INFANCIA

Si hay un psiquismo en constitución, no se pueden plantear "cuadros" fijos, lo que implicaría coagular el movimiento, sino pensar qué conflictivas están en juego, tanto intrasubjetivas como intersubjetivas y qué se repite en una historia que excede al niño mismo.

Y esto en un recorrido estructurante y reestructurante. ¿Cómo pensar en el niño sin preguntarse por la estructura psíquica de los padres y cómo pensar sus dificultades sin tener en cuenta su modo particular de funcionamiento psíquico, las leyes que rigen su psiquis y la cuota de azar que se da en qué y cómo se inscribe lo vivenciado?

Es por esto que pensar las causas de las dificultades infantiles nos remite a la complejidad de las determinaciones, a lo aleatorio de la constitución subjetiva y a las múltiples posibilidades que debemos tener en cuenta.

Y esto es lo contrario a lo que se hace cuando se ponen “sellos” en lugar de develar conflictos. Es muy importante detectar dificultades tempranas para poder operar sobre ellas, pero eso no implica dar diagnósticos de por vida ni suponer causas únicas y generales para cada síntoma. Es decir, detectar patología es diferente a colgar un cartel, a plantear un trastorno como un sello inmodificable.

Ya Freud planteaba, en *Inhibición, síntoma y angustia*: “Es muy de lamentar que siempre quede insatisfecha la necesidad de hallar una ‘causa última’ unitaria y aprehensible de la condición neurótica. El caso ideal, que probablemente los médicos sigan añorando todavía hoy, sería el del bacilo, que puede ser aislado y obtenerse de él un cultivo puro, y cuya inoculación en cualquier individuo produciría idéntica afección. O algo menos fantástico: la presentación de sustancias químicas cuya administración produjera o cancelara determinadas neurosis. Pero no parece probable que puedan obtenerse tales soluciones del problema” (S. Freud, 1926, 143-144).

Entonces, desde el psicoanálisis no confundimos síntoma con cuadro psicopatológico, no encuadramos niños, sino que tratamos de desarmar aquello que determina, de un modo singular, esa dificultad.

Una cuestión central es pensar que el niño no es un producto liso y llano, efecto de un funcionamiento familiar y social, sino que, sin tener necesidad de recurrir a hipótesis biológicas, tiene ciertas disposiciones que le permiten, de un modo a veces azaroso, registrar e inscribir ciertas representaciones y no otras, vivenciar algunas situaciones como terroríficas y otras como placenteras, sin que esto se corresponda puntualmente con la situación misma.

Un niño está atento a la realidad psíquica de los otros que lo rodean. Y de ella toma fragmentos, pedacitos, que elabora del modo en que puede. Y esto, ya desde el vamos, habla de una causalidad compleja, sobredeterminada.

Es decir, todo niño arma un recorrido propio, dado por sus propias disposiciones y por el encuentro que pudo armar con los adultos que lo rodean.

Tenemos que tener en cuenta que los trastornos de aparición temprana van cobrando diferentes sentidos a lo largo del desarrollo, en tanto

efecto de sucesivas reorganizaciones. Por ejemplo, los temores tempranos, como el miedo a la oscuridad, delatan la constitución del objeto como tal y el terror frente a su ausencia, mientras que en plena conflictiva edípica la oscuridad se puebla de fantasmas y aparece el temor a los monstruos derivados de procesos de desplazamiento y condensación. En *Inhibición, síntoma y angustia* dice Freud: “cuando las fobias infantiles se fijan y se hacen más intensas, subsistiendo hasta años ulteriores, el análisis muestra que su contenido se ha unido a exigencias pulsionales, constituyéndose también en representación de peligros interiores”.

Gran parte de las consultas se realizan por funcionamientos que no podrían considerarse estrictamente como “síntomas” neuróticos, entendiéndose por estos la transacción entre el retorno de lo reprimido y el deseo punitivo, la prohibición superyoica, sino que son síntomas en el sentido general que le podemos otorgar a este término, como aquello que aparece, pero no en el sentido estricto que tiene este término como efecto de un conflicto entre las instancias psíquicas, como es el síntoma neurótico.¹

Las dificultades con las que nos encontramos son efectos, pero ya no de la pelea entre los deseos y las prohibiciones, sino de conflictos que involucran a varios sujetos y en los que las defensas en juego son anteriores a la estabilización de la represión primaria.

Diferenciaremos entonces: 1) trastornos en la constitución del aparato psíquico, manifestaciones que ponen de manifiesto dificultades en el camino de la subjetivación y 2) síntomas neuróticos, determinados por un conflicto intrapsíquico.

Los primeros son fallas en la constitución del aparato psíquico que derivan de conflictos que, si bien se expresan a través de movimientos intrapsíquicos, incluyen en su producción a varios individuos. A diferencia de los síntomas, producto de la transacción entre lo reprimido y la represión, los trastornos en la constitución del psiquismo son efecto de movimientos defensivos, deseos contradictorios, identificaciones, prohibiciones, externos-internos al aparato psíquico del niño.

Movimientos defensivos tempranos, estados de terror, modos arcaicos de pensamiento, se conjugan en estas producciones. Y es con relación a

las condiciones que las posibilitan que se hace imprescindible pensar en el valor de las vivencias tempranas, los rastros que dejan y los recorridos que abren.

Historia vivencial signada por las marcas, las huellas de lo vivido. Marcas que se han entramado de un modo peculiar.

Fallas en la organización deseante, en la libidinización o en la organización yoica, se van dando en el vínculo con un otro que abre zonas erógenas, liga erotismo y ternura, calma, contiene, marcado a su vez por su propia historia. Es decir, es en los avatares mismos de la constitución psíquica que están posibilitadas las perturbaciones. Perturbaciones múltiples que nos permiten pensar la variedad y la riqueza de la psicopatología infantil.

Diagnosticar no es poner carteles, sino delimitar cuáles son las determinaciones, qué conflictos están en juego, cómo pesa lo intersubjetivo (qué incidencia tiene el funcionamiento psíquico de aquellos que lo rodean) y qué defensas se han estructurado ya en ese niño. Qué es lo que el entorno repite y qué repite el niño mismo. Y para eso hay que preguntar y preguntarse y estar dispuesto a encontrarse con respuestas que, muchas veces, ponen en juego nuestros saberes. Y escuchar a los padres y a los maestros, pero también al niño mismo, que dirá como pueda lo que le sucede.

Psicoanalizar niños supone internarse en la lógica de ese niño y ayudarlo a pasar del grito, del acto y del movimiento desordenado al dibujo, al juego y a la palabra. A veces, con los niños, es necesario construir tramas, “zurcir” agujeros representacionales, posibilitar nuevas identificaciones. Es decir, con los niños interpretaremos de diferentes modos, pero también realizaremos intervenciones “estructurantes”, es decir, aquellas que posibiliten movimientos constitutivos del psiquismo.

TRASTORNOS EN LA CONSTITUCIÓN PSÍQUICA

Diferentes autores hemos planteado las diferencias entre los síntomas como transacción entre el retorno de lo reprimido y la represión y otro tipo de trastornos en los que el mecanismo de producción es diferente.

Así, Françoise Dolto afirma: “En la primera infancia, y a menos que haya consecuencias de tipo obsesivo frente a enfermedades o traumatismos del encéfalo, casi siempre los trastornos son de reacción frente a dificultades de los padres, y también ante trastornos de los hermanos o del clima interrelacional ambiente” (prefacio a *La primera entrevista con el psicoanalista*, Maud Mannoni, pág. 17).

Silvia Bleichmar plantea la diferencia entre trastorno y síntoma, marcada por el establecimiento de la represión primaria: “(...) por último, y con vistas a la cuestión del diagnóstico diferencial, antes de que se produzca la represión originaria, no hay síntomas en sentido estricto, sino trastornos. Porque los síntomas son formaciones de compromiso efecto de la existencia y relación de ambos sistemas y no pueden ser pensados psicoanalíticamente antes de la fijación del inconsciente respecto de la barrera de la represión y al rehusamiento por parte del yo de una satisfacción pulsional” (S. Bleichmar, 1999, 123).

Marisa y Ricardo Rodulfo hablan de trastornos narcisistas, diferenciándolos de los síntomas neuróticos. “Asomarse a distintas formas de patologías narcisistas de consideración lleva a prestar a las ritmaciones donde los procesos subjetivos se cumplen y descumplen una atención enteramente nueva” (R. Rodulfo, 1995, 48).

Personalmente, he desarrollado la necesidad de diferenciar entre trastornos en la estructuración psíquica y síntomas neuróticos en un artículo publicado en la *Revista Argentina de Psicología*, en 1989.²

Podríamos decir, siguiendo en esta línea de diferenciar perturbaciones en la estructuración psíquica y síntoma, que entre los primeros nos encontramos con los siguientes.

Dificultades en la diferenciación adentro-afuera

Una de las primeras tareas del incipiente aparato psíquico es diferenciar interno y externo, pulsión y estímulo (Freud, 1915).

Sin embargo, diversos avatares pueden impedir esta diferenciación. Lo que determina la diferencia es que la pulsión es constante y de ella no se puede huir (como cuando el niño tiene hambre), mientras que el estí-

mulo es intermitente y es posible la fuga (cerrando los ojos frente a una luz fuerte, por ejemplo). Pero esto no es así siempre. Si la persona que cuida al niño grita sin parar o alimenta permanentemente, el estímulo puede transformarse en algo permanente, del que no hay huida posible. Se pierde entonces la diferencia y el niño queda subsumido en un mundo en el que los límites de lo interno-externo se borran.

Esto lleva a algunos niños a moverse de forma indiscriminada frente a exigencias internas, como sed o hambre, confundiéndolas con estímulos que vienen del mundo y de los que se podría escapar.

A la vez, es necesaria la construcción de una protección anti-estímulo, un filtro que nos proteja de quedar a merced de todo lo que llega del mundo. Pero en los primeros tiempos, ese filtro es ejercido por la madre, que protege al niño del contexto y lo ayuda a metabolizar lo que siente.

Es decir, no sólo lo protege de los estímulos del mundo, sino también de los desbordes internos.

Creación de espacios que permiten ir definiendo un adentro y un afuera. Pero si la madre usa al niño como lugar de proyección de sus propios contenidos intolerables, si es ella la que estalla y se desborda, el niño no puede constituirse como alguien diferenciado. Los propios límites no pueden ser reconocidos y las pulsiones y el mundo externo se confunden, en tanto desde afuera irrumpe un estímulo tan constante e insoslayable como el pulsional. Así, el niño quedará a merced de las exigencias propias y ajenas, sin poder diferenciarlas.

Entonces, el efecto de ruptura de barreras protectoras contra los estímulos puede estar determinado tanto por la intrusión pasional incestuosa o agresiva como por el retraimiento libidinal materno, que lo deja a merced de sus propias pulsiones. Pulsiones que insisten en un devenir mortífero, de pura descarga, frente a la carencia por parte del niño de recursos para tramitarlas.

Defensivamente, puede constituirse una barrera rígida y omniabarcativa que lo defiende de cualquier sufrimiento (incluyendo esto tanto a los estímulos externos como a los provenientes del propio cuerpo y del propio psiquismo).

Trastornos en la erogeneización

Un niño puede ser visto como un cuerpo a ser alimentado, cuidado, sin que se ponga en juego el erotismo, como en los casos de hospitalismo. Niño-cosa con el que no se juegan los deseos ni se construyen historias.

O puede ser erotizado sin ternura, en un movimiento en que la caricia misma llega a ser lacerante, al no estar mediatizada por la represión materna. Si el niño queda sujeto a una sexualización excesiva, si se lo toma como "juguete erótico" (por ejemplo, si la madre le da el pecho para sentir placer y sin tener en cuenta las necesidades del niño), quedará a merced de la sumatoria de la excitación materna y la propia, indiferenciadas. Tenemos que tener en cuenta que, hasta cierto punto, como afirma Freud en el historial de Juanito, esto siempre es así, en el sentido de que siempre hay un "exceso" en la erotización y en la prohibición, pero a veces la erotización se transforma en excitación desmedida, estimulación excesiva, en la que el otro es tomado como parte del propio cuerpo o como vía de satisfacción erótica y no como sujeto diferente, con requerimientos propios.

Ya con las primeras caricias los padres transmiten su modo de desear y de amar, pero también sus prohibiciones, así como sus modelos de vínculo con el otro.

Pero, además, los padres deben sentirse ellos mismos vivos, registrando su propio empuje interno para decodificar los afectos del niño y para proyectarlo en un futuro.

"Cuando me angustio, lo llevo a mi cama", dice una mamá. Modo de la erotización que presupone tomar al otro como objeto erótico y a la vez calmante de angustias, cuerpo a abrazar para sostenerse. Erotización entonces signada por un funcionamiento en el que lo que se transmite es una urgencia que duele, una imposibilidad de tramitarla con los propios recursos y una utilización del niño como sostén, sin registrarlo como un ser con deseos.

Si se transgrede la ley de la prohibición del incesto por desesperación, ¿cómo constituirá ese niño sus propias normas internas, a qué quedará anudada su sexualidad? ¿Cómo diferenciarse de esa madre si los deseos

de ella irrumpen en él en forma avasalladora? ¿Cómo registrar entonces sus propias sensaciones y deseos? Registro de diferencias que presupone cualificar el mundo y a uno mismo. ¿Cómo construir el propio mapa erógeno?

Trastornos en la constitución de ligazones que operen como inhibidoras del desborde pulsional y de la descarga a cero

Hablamos en el primer apartado de las vivencias calmantes. Frente al dolor, que desorganiza, y frente al pánico, que presupone el caos interno, el otro que contiene y calma (acunando, hablando, acariciando) permite ligar lo insoportable a otras representaciones. Posibilita que, en lugar de la tendencia expulsiva, se abran nuevos recorridos, que una trama representacional compleja se arme (trama que servirá de contención frente a futuros dolores). Pero si frente al grito, al movimiento descontrolado, el otro funciona como un espejo, si es él el que estalla y se desborda y no puede contener su propia angustia, difícilmente el niño pueda tejer la trama (que implica la primacía de Eros). Por el contrario, el movimiento expulsivo, desinscriptor, se reforzará. Y nos encontramos con estados tempranos de terror no tramitados. Si en el adulto, que es el que puede calmar y sostener a un niño en pánico, lo que prima es la identificación especular, el niño se enfrentará a un espejo que le devuelve, agigantada, la propia desesperación, lo que derivará en más terror.

Habitualmente, ante la tendencia expulsora del niño que intenta echar fuera de sí todo lo displaciente, la madre se ofrece como pantalla de proyección y a la vez como metabolizadora. Es ella la que soporta los estallidos pasionales del niño y la que, cuando lo que Bion define como "reverie" (ensoñación) funciona, le otorga como respuesta, a través de la "función alfa", posibilidades representacionales.³

El niño puede expulsar tanto el aparato para pensar los pensamientos como la posibilidad de registrar sentimientos, apareciendo entonces un vacío de ideas o de afectos que, a veces, se manifiesta como: "no siento", "no pienso".

Dificultades en la atribución de significados

A la vez, frente a la necesidad, así como frente al dolor, el bebé grita o llora y es la madre la que va a otorgarle a esa descarga el sentido de un llamado. Y ya hay aquí un punto importante. Si no se le otorga un sentido, si no es escuchado como un llamado, esto interfiere en las posibilidades del niño de ir armando su capacidad de comunicar, de decir.

Pero si el sentido que se le otorga implica una violencia secundaria (P. Aulagnier), si es una pura proyección de los deseos o los temores maternos, si no hay lugar para la duda, para los interrogantes acerca de lo que el niño desea, el intercambio será enloquecedor.

Cuando aquel que ejerce la función de significar las manifestaciones del niño le otorga sentidos delirantes y/o autorreferenciales a su accionar (por ejemplo: "Grita porque me quiere volver loca"; "Me mordió cuando lo puse al pecho porque me odia"; "Se hace pis porque quiere que sea su esclava"), lo que hace es ejercer una violencia, a veces devastadora.

Trastornos en la constitución de una imagen unificada de sí

Sabemos que la ligazón de las diferentes zonas erógenas está posibilitada por un otro unificador. Si para la constitución del yo de placer es imprescindible la articulación de las diferentes zonas corporales, de las sensaciones, si la piel tiene que funcionar como unificadora, un semejante tuvo que haber operado como espejo posibilitador de esa unificación. Para caminar y movernos armónicamente, debemos tener la convicción de que somos una unidad, un ser que no se rompe con cada movimiento (como es el caso de los psicóticos) y también de que el otro está separado de nosotros, es alguien a quien nos podemos acercar y de quien nos podemos alejar.

Entonces, es clave el haber sido mirado como siendo un sujeto, alguien que está armando una historia propia.

Si no prevalece la ternura, si el hijo no ocupa un lugar de ser amado desde el narcisismo materno, no podrá constituir el propio yo como yo de placer, ligando las diferentes sensaciones.

Nos encontramos a veces con niños que tienen dificultades en la constitución de la propia imagen, que no se sostienen como unificados frente a los diferentes avatares, como si hubiesen carecido de un espejo estable, garante del propio ser.

Otras veces, vemos niños que se han unificado en una representación negativa. "Soy malo" o "Soy tonto" pueden ser imágenes de sí totalizadas que permiten "ser" alguien entero, pero que impiden el crecimiento.

A veces, los padres pueden devolver una imagen unificada del niño incompatible con el deseo de ser amado y valorado. Por ejemplo, cuando sostienen que el niño es "absolutamente" insoportable, malo, inútil, es decir, cuando queda en el lugar de resto, de desecho.

También puede ocurrir que se lo ubique como unificado sólo cuando coincide con las aspiraciones de los otros. El exceso de violencia, la imposición a ultranza de la voluntad materna o paterna, la imposibilidad de reconocer que ese otro es alguien diferente a ellos, alguien que va plasmando sus propios deseos, lo deja sin un espacio propio.

Perturbaciones en la construcción del sentimiento de sí

Ligado a la constitución del yo, el sentimiento de sí se constituye a partir de la ligadura de las representaciones de la pulsión, motorizado por la mirada unificadora de otro y por la contención empática del contexto. Cuando esto falla, nos encontramos con niños que se accidentan, se golpean, gritan o se hacen pegar, buscando sentir. Y el vacío por no sentir es terrorífico, ya que se enlaza a la no-existencia.

Trastornos en el pasaje del afecto al sentimiento

El pasaje del afecto al sentimiento, de la descarga afectiva al registro de que está sintiendo, puede presentar dificultades. La posibilidad de sentir los sentimientos está dada por la respuesta empática de otro que pueda poner palabras a lo que el niño registra como puro displacer, que pueda cualificar diferentes sensaciones y que ayude a tolerar y a traducir lo que le pasa.

En estos casos y cuando no hay posibilidades de tramitar los afectos, estos quedan como "marcas en el cuerpo", cuestión que lleva a patologías psicosomáticas. El representante afecto se expresa exclusivamente como descarga en el cuerpo.⁴

Trastornos por predominio de la desestimación

Pensamientos y percepciones pueden ser expulsados de sí y retornar desde un afuera "otro", cual boomerangs que golpean desde lo desconocido. Cuando lo vivenciado se torna insoportable, el movimiento expulsor puede llevar a la "excorporación" de todo pensamiento que quede ligado a él, a arrojar de sí toda representación que duela. Lo que queda, entonces, es un vacío, la marca de la expulsión. Y un mundo que cobra características siniestras. El niño, frente a cualquier avance del medio que vive como hostil, lo que hace es empobrecerse, retrayéndose. Pero la retracción no es sólo del mundo. Es de dismantelamiento de los propios pensamientos, de las propias fantasías. Es el propio universo representacional lo que se descarta.

Con el movimiento expulsor, se produce un vacío interno. Este puede darse en relación tanto al sentir como al pensar.

Así, puede producirse: 1) rechazo al sentir mismo. En estos casos el sentimiento es desestimado, expulsado de sí y con él la posibilidad de sentir; 2) desmentida o desestimación del pensamiento doloroso, cuando el pensar resulta intolerable; 3) los deseos no pueden sostenerse y hay apatía, abulia.

Fallas en la salida del narcisismo.

Trastornos por predominio de la desmentida

Si la constitución narcisista se ha dado, pero el niño queda atrapado en ser "el mejor del mundo", no necesitará caminar, hablar, aprender, pues ya lo es todo. Es decir, se aferra a una posición imposible porque todo movimiento de búsqueda del objeto, de apertura a los otros, resulta doloroso y la decepción es intolerable.

También puede haber un exceso de narcisización y una imposibilidad de los padres de ubicar a su hijo en relación con las leyes de la cultura, en tanto tolerar la caída de “his majesty the baby” supone soportar las propias fracturas narcisistas.

Si son los deseos, las pasiones humanas las que nos traccionan hacia una búsqueda permanente, el deseo de no deseo, el no buscar nada, el suponer que ya se es todo, está abrochado a la imposibilidad de salida del narcisismo primario. Un “no tengo ganas” que remite a la muerte.

Así, Juan, de seis años, comienza la escuela primaria sabiendo, según sus padres, leer y escribir. Sin embargo, a lo largo del año los padres son citados porque el niño no responde, no escribe en el cuaderno, no lee ni reconoce los números. La madre dice: “Él puede todo”. El padre: “Es maravilloso”. El padre le hace creer que él decide los cambios de auto, las diferentes inversiones, etcétera. Desmentida de la indefensión infantil, desmentida de las diferencias niño-adulto. ¿Cómo puede este niño ubicarse, con sus límites, en la situación escolar? ¿Cómo comprender que él tiene que aprender, que escuchar a otro y formar parte de un grupo? Admitir que no sabe, imprescindible para poder aprender, se torna dolorosísimo. Implica una herida terrorífica en tanto él tendría que responder a esa imagen de niño maravilloso, omnipotente. Exigencia que lo deja sumido en la impotencia absoluta. Al poco tiempo, en tanto el niño fracasa en la escuela, esta imagen de niño ideal se invierte y pasa a ser, como tantos niños, el que desilusiona, aquel con quien se desplegará la hostilidad.

Si el devenir temporal mismo va mostrando las posibilidades y las carencias de un niño y a la vez los logros y fracasos maternos, el ser “ya” el “niño soñado” va a dar paso a: “cuando sea grande...”, “algún día...”, “cuando vaya a la escuela...” Es decir, se va a renunciar a un lugar, se va a desidealizar al propio yo y al otro perfecto ideal. Y esto sólo es posible si los padres renuncian a ser padres perfectos de un hijo perfecto, si se reconocen intentando cumplir con ideales, como integrantes de una sociedad y como eslabones de una cadena generacional y laboral. Cuando esto no ocurre, se debe apelar a la desmentida y sostener la idealización. Ante la imposibilidad de tolerar la caída narcisista de los padres, el niño tenderá a desmentir las carencias materno-pater-

nas y a ofrecerse como sostén del narcisismo parental a costa de su propio juicio de realidad. Desmentirá la castración materna y la pérdida del padre omnipotente.

Tolerar la castración supone recorrer un camino de reconocimiento de diferencias y sucesivas decepciones. Del abandono de la imagen del niño maravilloso identificado con la madre fálica (yo-ideal), se pasará a un registro de un otro omnipotente, padre primitivo que encarna el ideal y de ahí a la aceptación de madre y padre, diferentes entre sí, como modelos marcados por limitaciones, que enarbolan ideales, pero no los encarnan.

Efectos de identificaciones masivas del estilo: “yo soy el otro”

Todo niño se constituye como sujeto a partir de identificaciones, “siendo” otro. Pero cuando uno de los padres ubica al niño en una serie representacional en la que ambos son equivalentes, algo de lo siniestro se presentifica. “Es igual a mí. Yo sé que miente, porque yo he sido siempre un mentiroso”, dice un padre jugador. Certezas que marcan un camino como único a transitar. Ya todo está escrito y el niño sólo puede ser una reedición de una vida ajena.

Dificultades en la instauración y/o estabilización de la represión primaria

Tal como ha desarrollado de un modo exhaustivo y riguroso Silvia Bleichmar a lo largo de toda su obra, el tema de la represión primaria es central para pensar la psicopatología infantil. Y muchas de las dificultades con las que nos encontramos en la infancia tienen que ver con un déficit en la instauración de la represión originaria.

Así, afirma: “Trastornos del pensamiento, del aprendizaje, del lenguaje, de la marcha, que no son efecto de inhibiciones secundarias a un síntoma, no pueden ser concebidos, salvo en sentido extenso, como ‘síntomatología’; metapsicológicamente deberemos considerarlos de un orden distinto, no atravesados por el juego entre el deseo y la defensa, no remitiendo a fantasmas específicos,

en fin, no siendo pasibles de ser resueltos mediante el acceso a su contenido inconsciente por libre asociación, sino por múltiples intervenciones tendientes a un reordenamiento psíquico" (S. Bleichmar, 1993, 259).

Piera Aulagnier sostiene: *"Se observa que las prohibiciones maternas recubren exactamente el campo de lo propio reprimido e inducen lo reprimido del otro como repetición del primero"* (P. Aulagnier, 2001, 126).

Podemos afirmar entonces que la represión primaria se instaura a partir del movimiento materno que rechaza en el niño lo propio reprimido. Pero si los deseos eróticos y hostiles escapan a la represión, ¿cómo podrá incorporar el niño la prohibición?, ¿no será que los deseos, entonces, aparecen siempre como ajenos, externos a sí y las defensas se tienen que concentrar en una supuesta realidad que viene desde afuera, predominando entonces la desestimación y la desmentida?

Renuncia a sujetarse a normas culturales

Puede haber dificultades en la estructuración del superyó. Conocemos bien al superyó como el lugar en que anida la pulsión de muerte, pero pienso que dejamos a un lado, frecuentemente, el valor fundamental de las normas y los ideales, del superyó "protector" y del ideal del yo, como posibilitadores del triunfo de la pulsión de vida.

Es en este sentido que quisiera plantear la hipótesis de que la ética de los padres opera como estructurante, ya que en su transmisión se le otorgan al niño vías transformadoras de las metas pulsionales. El reconocimiento de diferencias, de cualidades, la posibilidad de nombrar, de historizar, de transmitir relatos, está ligado a la capacidad complejizadora materno-paterna y posibilita el reconocimiento del niño como un otro semejante diferente. Si lo que se le exige al niño es el sometimiento a la voluntad de otro, la renuncia a sí mismo, esto ya no posibilitará una búsqueda creativa, sino una anulación de la propia subjetividad.

Si bien se ha marcado insistentemente el peso mortífero del superyó, pienso que debemos diferenciar los diversos funcionamientos del superyó y del ideal del yo según las patologías y considero que estas instancias pueden estar al servicio de Eros.

Freud insiste en que la ética supone una limitación de lo pulsional. Pienso que si consideramos el movimiento de la pulsión sexual y el entramado de Eros y Tánatos en ella, podríamos decir que la transmisión de una ética de vida implicaría una limitación en el movimiento de retorno de la pulsión, es decir, en el efecto de la pulsión de muerte. Al proponer nuevos caminos, los principios éticos se oponen al cerramiento, a la des-complejización que implica la desaparición de la pulsión misma como motor y a la vez fortalecen el movimiento de búsqueda permanente, como derivación a otras metas. Considero por esto que, paradójicamente, la transgresión de la ética implica un triunfo de la desligadura.

Cuando una madre erotiza a su bebé no sólo sus deseos están en juego, sino que, en ella, Ello, yo y superyó están operando y guían los modos de la erotización. Aquello que se considere correcto e incorrecto, así como las posibilidades sublimatorias, determinarán los modos del cuidado. Cuidado del otro que, tal como describe Tzvetan Todorov, es uno de los pilares de la moral cotidiana (T. Todorov, 1993).

Si el adulto se supone Dios, y entonces no hay normas ni ideales que no sean aquellos que emanan de su arbitrio, o si se siente confundido, o renuncia de antemano a toda posibilidad de cumplimiento de ideales, la transmisión se verá complicada.

Si lo que se le exige al niño es el sometimiento a la voluntad de otro, la renuncia a sí mismo, esto ya no posibilitará una búsqueda creativa, sino una anulación de la propia subjetividad.

Entonces, en la libidinización misma están operando no sólo los deseos sino también las normas e ideales.

Y la construcción misma de los deseos como recorrido, como búsqueda, está marcada por la posibilidad del adulto de erotizar con ternura, sin dejar al otro en un estado de excitación permanente, de narcisizar reconociendo diferencias, de transmitir prohibiciones sin funcionamientos autoritarios.

Dificultades en el pasaje de los ideales, del yo-Ideal al ideal del yo

Los ideales del yo ideal son diferentes a los del Ideal del yo. Los primeros se caracterizan por apuntar al “ser” y estar ligados a la perfección, o más bien a aquello que, en tanto sostén del narcisismo, se supone signo de perfección. Se debe “ser” de tal o cual manera. Y no hay tiempo. El cumplimiento es inmediato, en el aquí y ahora, justamente porque involucra al sujeto como totalidad.

Los ideales del Ideal del yo son movibles, implican rasgos y, en tanto inalcanzables, marcan caminos al futuro.

El Ideal del Yo se erige como heredero de los deseos incestuosos y de la lucha contra sí mismos, producto de identificaciones con los ideales del objeto de amor y del rival.

Como resto del narcisismo, el yo ideal permanecerá como subestructura inconsciente, marcando metas e ideales totalizadores, intentos de volver a ocupar el lugar añorado. Aquello vivido como signo de perfección marcará el camino para los ideales posteriores.

El padre primitivo, poseedor de todos los poderes, deja lugar al tótem, representación marcada por la muerte del padre. Huella del asesinato cometido, pero también del amor y de la culpa, se erige como bastión de los deberes y las obligaciones que posibilitan la subsistencia del grupo. Así también, el Ideal del yo, heredero de una historia de pasiones, de odios y de amores, efecto de la muerte del padre en tanto desidealización, exige al yo el cumplimiento de mandatos. En lugar del retorno de aquello que alguna vez se tuvo, tendrá que alcanzar metas que llevan el sello de la cultura. Metas cuya consecución acarreará placer, en tanto el acuerdo entre el yo y sus ideales supondrá un aumento de la investidura libidinal del yo, del amor a sí mismo (como narcisismo secundario).

En lugar de la vuelta al pasado, se tenderá a un futuro, para acceder a un estado semejante al que alguna vez se tuvo.

Del padre mítico queda un legado: el deber ser, conjunción de muchas voces, a veces contradictorias. Y esta identificación posibilita a su vez nuevas identificaciones. Figuras investidas libidinalmente irán dejando su huella en el aparato psíquico.

Identificación con rasgos de los progenitores, con las metas y valores conscientes, preconscientes e inconscientes de ellos, que se han constituido a su vez por identificación al Ideal del yo de los propios padres. Transmisores de normas y valores de varias generaciones, son portadores de los ideales y normas de la cultura a la que pertenecen.

Como algo a alcanzar, y por consiguiente algo que puede no ser cumplido y que en tanto ideal conservará siempre una distancia, estas representaciones del Ideal del yo suponen el haber sido ubicado en una línea sucesoria, en un devenir temporal, en una época determinada producto de una historia. Suponen el reconocimiento de una génesis y de un futuro.

Pero para que se puedan constituir los ideales del Ideal del yo, para que haya un sistema representacional heredero de los deseos incestuosos y a la vez transmisor de los valores culturales, para que los ideales sociales se inscriban en el aparato psíquico, es imprescindible que el yo haya caído como ideal, que el puro presente deje margen a un proyecto en un futuro.

Proyecto cuyo cumplimiento acarreará una sensación de triunfo, propio del narcisismo secundario, por el acercamiento a un ideal que no se confunde con el yo. Tiempo e historia operan como organizadores.

Entonces, si la erotización queda acotada con la prohibición del incesto en los padres, si la narcisización se limita por la constitución de la categoría del otro como tal, primando una ética de la diversidad, si la transmisión de normas e ideales converge en la constitución de un superyó-Ideal del yo que posibilite el armado de proyectos y la inclusión en una línea generacional y social, los ideales pasan a ser posibilitadores de sueños.

En la clínica con niños es habitual encontrarnos con esta paradoja: si el niño es reconocido como igual, pasa a ser idéntico y no se lo registra; si se lo reconoce como diferente, esto presupone una expulsión de un universo representacional: ya no es humano, es un monstruo, con el que la identificación es imposible. Lo propio insoportable se rechaza y el niño queda siderado.

“Es un desastre, por donde él pasa, queda Hiroshima”, dice un papá cuyo hijo de siete años presenta dificultades en su desempeño escolar y que, fundamentalmente, tiene un cuadro depresivo. ¿Por qué esta ima-

gen de muerte? ¿Por qué la identificación con la destrucción? ¿Quién destruye y qué es lo que destruye? ¿Qué territorio arrasado deja? Imbuido de un poder destructivo absoluto, ¿qué imagen puede construir de sí mismo? Este padre, que recuerda que su propio padre le decía: "Vos no le ganás a nadie", dice: "Cada vez que lo miro pienso que no va a cambiar nunca". Y aquí los ideales no son posibilitadores, sino terroríficos. Lo que se pone en cuestión no es un llegar a ser, sino un ser, en tanto lo que está en juego es algo que ya fue desde el padre mismo.

Sabemos que todo niño implica una puesta en juego de proyectos, pero es muy diferente cuando los ideales que se ponen en juego son los ideales del yo-ideal, los ideales de perfección, omnipotencia, grandeza, en un ahora, "ya", que marca la insistencia de la muerte, del no-tiempo, del no-futuro. Por el contrario, los ideales del Ideal del yo son tensionantes, porque marcan una distancia con el yo, motorizan hacia un futuro. Exigencias provenientes de los otros que se juegan con el niño. ¿Cuántas veces los padres le exigen a un niño que sea, ya, la octava maravilla, para tapar así los propios agujeros? ¿Cuántas veces se supone que es él, el niño, el que siendo "his majesty the baby", les otorga (en presente) un lugar en el mundo a sus padres (o a uno de ellos), lugar que entonces se le impone como si fuera otro, en un movimiento lindante con lo siniestro? Situación que, al dejarlo confinado al cumplimiento de un mandato imposible, puede eternizarlo en "no poder" o en "ser un desastre".

Desde el padre, el hijo es vivido como un sucesor. Es el que ocupará un lugar semejante al suyo, en un tiempo futuro, tal como él lo ha hecho con su propio padre. Pero esto signa esta relación como ambivalente, porque toda idea de sucesión presupone la muerte, a la vez que la lucha contra ella. Dice Piera Aulagnier: *"En la relación padre-hijo, la muerte estará doblemente presente: el padre del padre, en efecto, es aquel que en una época lejana se ha querido matar, y el hijo propio, aquel que deseará la muerte de uno. Este doble deseo de muerte sólo puede ser reprimido gracias a la conexión que se establece entre la muerte y la sucesión y entre transmisión de la ley y aceptación de la muerte"* (Aulagnier, 1975, 155).

El hijo puede asumir el legado paterno, ubicándose en la cadena generacional. Pero también puede someterse a un padre vivido como terrible,

inalcanzable e inmortal. O puede inhibir los deseos hostiles frente a un padre débil, ya caído, al que venció sin luchar.

Marcado por la fuerza de las pasiones edípicas y por el sello de un asesinato (o una sucesión de deseos asesinos), el Ideal del yo posibilitará, en el mejor de los casos, la asunción de proyectos. Proyectos vitales en los que persiste siempre la diferencia entre lo que se es y lo que el modelo exige. Esta instancia implica siempre una distancia con relación al yo. Distancia insalvable que tensiona hacia un mañana. Pero ésta será diferente según los individuos. Así, una distancia máxima entre el Ideal del yo y las posibilidades yoicas deja al yo en una situación de imposibilidad de cumplimiento del Ideal y lo relega a una posición de inferioridad, de un "estar en falta". Una de las consecuencias de esto son las inhibiciones, cuando alguien siente que cumplir con lo exigido es imposible y abandona todo intento. Por ejemplo, el mandato interno de ser el mejor alumno puede motorizar a ciertos niños, pero puede ser paralizante en otros y hasta tener efectos devastadores, generando una inhibición en el rendimiento intelectual. Es decir, una exigencia vivida como terrorífica puede generar dificultades que aparecen como problemas de aprendizaje, sobre todo cuando ese ideal contrasta con la imagen que el niño tiene de sí mismo.

Además, en tanto constituidos por múltiples identificaciones, los ideales pueden ser contradictorios entre sí. Padre y madre tienen historias, deseos, normas e ideales diferentes.

En el capítulo "Psicopatología y contexto social" profundizaremos el tema de los ideales y la transmisión de una ética.

Transmisión de secretos y fantasmas

Es habitual que un niño escuche historias, relatos de los padres y abuelos, sagas familiares que le permiten tejer leyendas, mitos acerca de su origen y de los avatares de sus predecesores. Historias que él transmitirá a su vez a sus hijos y nietos. Historias que sufrirán deformaciones sucesivas, recortes, agregados, es decir, que irán siendo transformadas por aquel que enuncia el relato a través de las generaciones. Este armado de historias es fundamental para ubicarse en una familia y en una genealogía.

Sin embargo, a veces lo transmitido no son historias, relatos, sino silencios, frases a medio decir, evitación de hablar de ciertos temas, sin que el niño pueda discernir de qué se trata. Estas transmisiones dejarán marcas, pero marcas de lo no dicho, de lo sabido-no sabido, de una especie de caja cerrada, de lo que es imposible apropiarse y transformar.

Tal como plantea Serge Tisseron, esto lleva a que, en una primera generación, aquello que se oculta quede como indecible, pero se sabe qué es de lo que no se puede hablar. *“El acontecimiento en cuestión puede denominarse ‘indecible’ en la medida en que está presente psíquicamente en aquel (o aquellos) que lo ha vivido, pero de tal manera que este no puede hablar de ello, lo más a menudo a causa de una vergüenza.”*

En la segunda generación, ese secreto se torna innombrable; el niño percibe que hay un secreto, pero no sabe cuál es. *“Sus contenidos son ignorados y su existencia es solo presentida e interrogada. Los hijos de los padres portadores de traumatismos no elaborados pueden desarrollar dificultades de pensamiento, de aprendizaje o temores inmotivados, fóbicos y obsesivos.”*

Y en la tercera generación, ya se torna impensable, en tanto lo único que queda es el vacío de pensamiento. *“Aquí se ignora la existencia misma de un secreto que pesa sobre un traumatismo no superado. El niño, luego el adulto que llega a ser, puede percibir en sí mismo sensaciones, emociones, imágenes o potencialidades de acciones que le parecen ‘bizarras’ y que no se explican por su propia vida psíquica o por su vida familiar”* (Tisseron, S, 1997, 19).

Es decir, hay contenidos que se transmiten silenciosamente, que pueden tomar la forma de una cripta o de un fantasma y que generan dificultades, dejando agujeros en el psiquismo, que pueden llevar a repeticiones textuales y compulsivas de lo vivido por otros.

La repetición a través de las generaciones

Los padres tienden a repetir con los hijos las marcas que sus propios padres dejaron en ellos, abriendo caminos erógenos, privilegiando vías narcisistas, transmitiendo normas e ideales.

En algunos casos, lo que se repite es lo esperado... Repetición de ideales, de proyectos inconclusos..., que el niño sea aquel que cumpla lo que los padres no pudieron hacer. Pero también están aquellos que suponen una repetición permanente de lo idéntico y esperan del hijo el cumplimiento del vaticinio de fracaso. Prevalece un tipo de pensamiento pesimista (“siempre va a ser igual”, “no tiene cura”, “es un fracasado”), que deja al niño en una red de profecías mortíferas, sin salida y lo arroja a una disyuntiva difícil de resolver: o confirma con su fracaso la palabra paterna o lucha por tener un destino propio, suponiendo que en ese recorrido mata al padre.

También podemos pensar en una repetición del agujero, del vacío, del recorrido que dejó el rayo en nuestra psiquis. Reiteraciones del arrasamiento psíquico que insisten (por ejemplo, en el caso de madres depresivas con las que el niño, al dirigirse a ellas, encuentra el vacío).

Los padres suelen reencontrarse no sólo con los propios aspectos amados, sino también con aquello insoportable de sí, que vuelve desde el otro. En esos casos, el hijo repite lo que se intentó expulsar, que retorna desde lo idéntico no-pensado.

La repetición de padres a hijos puede ser pensada como el modo en que reaparece en los hijos lo desestimado, lo desmentido y lo reprimido de los padres.

Lo reprimido retorna, desde el niño, en forma de síntoma o en funcionamientos que esbozan el armado de un síntoma. Cuando predomina la represión, se transmiten las representaciones reprimidas, pero también las normas y prohibiciones que impulsaron la represión, las fallas del mecanismo defensivo, las grietas que deja. Este tipo de repetición posibilita la construcción de fantasías.

Cuando lo que se presentifica en el niño es algo del orden de lo desmentido en los padres, esto aparece como una defensa a ultranza del narcisismo y entonces lo que hace es repetir ciegamente un mecanismo que lo lleva a actuaciones permanentes. Tiene que sostener la desmentida porque en eso se le va el “ser”, lo que lo lleva a una pelea con el mundo a expensas del principio de realidad.

Y si lo que predomina en los padres es la desestimación, el niño pasará a ser la presentificación de lo rechazado, y puede tener un lugar en el

delirio paterno/materno, o llenará agujeros representacionales de los otros, lo que lo deja sin pensamiento propio. El niño queda como representante de aquello desestimado, como lo siniestro. Y él mismo se verá en dificultades para sostener pensamientos.

Podemos pensar aquí la pulsión de muerte como la insistencia de aquello “cuyo objetivo último permanece idéntico: abolir el pensamiento en el vacío de la nada” (R. Moury, 1991, 192). Lo que se produce a veces es la repetición del vacío, como en algunos trastornos de atención, cuando el problema no es que el niño inviste otros aspectos del mundo de aquellos que el contexto le exige, sino que “se borra” y “borra” el mundo.

René Kaës, retomando la teoría de Bion, habla —en *La transmisión de la vida psíquica entre generaciones*— de transmisión de objetos transformables y transmisión de objetos no-transformables. “Los objetos psíquicos inconscientes transformables tendrían la estructura del síntoma o del lapsus. Serían transferibles sobre el terapeuta. Estos objetos se transforman por otra parte naturalmente en el seno de las familias: forman la base y la materia psíquica de la historia que las familias transmiten a sus descendientes de generación en generación. A estos objetos transformables se oponen los objetos no transformables, cuyo efecto es posible reconocer en los objetos ‘en bruto’, especie de cosas en sí que tienen, entre otras finalidades, la de atacar el aparato de transformación de los miembros de la familia o del grupo, o de los terapeutas” (R. Kaës, 1996, 25 y 26).

Los objetos transformables suponen que el que los recibe puede modificarlos. Implican el predominio de la represión en aquel que transmite y la posibilidad de ser reincorporados por el psiquismo infantil.

Y dice: “(...) siempre aparece la idea de transferir-transmitir en otro aparato psíquico lo que no puede ser mantenido y albergado en el sujeto mismo, o entre sujetos ligados entre sí por una poderosa alianza de intereses inconscientes” (R. Kaës, 1996, 20).

Cuando lo que se transmite es algo que, por estar “fosilizado”, no puede ser modificado, sino que plantea una textualidad en su repetición, las posibilidades de armar una historia que permita salir de la repetición se tornan más complicadas. Muchas veces, lo que predomina es el intento de sacarse de encima, de volver a expulsar lo que molesta sin tener

nombre ni haber sido vivenciado por el sujeto. Otras, queda una sensación de “agujero”; algo que perturba e impide el despliegue creativo; insiste sin que el niño pueda ubicarlo en algún lugar.

Los objetos transformables forman el material que se transmite de generación en generación, que va sufriendo transformaciones a lo largo de esta transmisión. Por el contrario, los objetos no transformables son como “cosas en sí” que atacan el aparato de pensar y traducir de los miembros de la familia, permaneciendo como objetos enquistados, inertes.

Hay, según este autor, formas vivificantes y erotizadas de la transmisión (así, la transmisión de los deseos, como caminos abiertos en el hijo a partir del erotismo materno-paterno, o la transmisión de ideales como aquello a alcanzar) y también formas y modalidades mortificantes, como la insistencia de la transmisión de lo inerte, de los enquistamientos y las fosilizaciones psíquicas (como cuando lo que se transmite es la imposibilidad de elaborar un contenido psíquico, o los agujeros dejados por vínculos violentos, o lo inelaborable de una vivencia traumática). Es decir, lo no-inscripto, lo no-representado, lo que está encriptado también se transmite y marca un tipo de repetición en la que no hay transformación alguna ni traducción: queda una marca que insiste en una repetición siempre idéntica a sí misma. Así, lo no metabolizado de los padres suele transmitirse en forma “bruta”, en una repetición idéntica. Y cuando el afecto, la idea delirante o la vivencia traumática se transmiten a los hijos, estos repetirán en su vida esos trozos de vida ajenos. Haydée Faimberg afirma que, en estos casos, el psiquismo parece vacío, pero en realidad está “lleno” de una historia que corresponde a otro (Faimberg, 1996).

También, cuando alguno de los progenitores es portador de una certeza, que es incorporada por el niño como una frase definitiva de su ser, puede llegar a sostener concepciones delirantes sobre su cuerpo o su pensamiento (del estilo de “el aire me hace mal”; “si no tomo agua a cada rato me puedo morir”, o cuando supone que tiene poderes “especiales”), podemos pensar que estas concepciones delirantes son muchas veces, como afirma Piera Aulagnier, consecuencia de un “no-reprimible”.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Pensamientos y afectos se van así estructurando en una historia.

Historia que no es nunca individual, sino que implica un entramado particular, propio, en un contexto familiar y social determinado (lo que desarrollaremos en el próximo capítulo).

La enumeración que realizo no pretende ser exhaustiva, sino solamente pretende dar una idea de cómo es el recorrido de la constitución del psiquismo; es ese “ir siendo” signado por otros, lo que posibilita a su vez diferentes avatares.

De este modo, repensar la psicopatología infantil implica internarse por los caminos de la insistencia pulsional, de los movimientos defensivos tempranos, de las identificaciones primarias y secundarias y de la constitución de las instancias, y no sólo en el niño, sino en su familia y en un contexto social determinado.

En cada una de las patologías que vamos a trabajar vamos a encontrar el despliegue de estos “trastornos en la constitución subjetiva”, así como la producción de formaciones sintomáticas.

A la vez, considero que es un modo de diagnosticar que nos permite adentrarnos en la problemática peculiar de cada paciente y simultáneamente plantear algunas conflictivas que se repiten en diferentes casos. Esto nos permitiría hacer un diagnóstico de problemáticas en el que se pueda detectar cómo juega lo intrasubjetivo y en qué medida lo intersubjetivo en la producción de esa patología.

NOTAS

1. Esto no quiere decir que no haya síntomas en la infancia. En capítulos posteriores hablaremos de cómo las dificultades en el aprendizaje, las fobias y las dificultades en el control esfinteriano pueden ser síntomas neuróticos, efecto de una transacción entre el deseo y la represión. En estos casos, la interpretación será la intervención privilegiada.
2. B. Janin, “Aportes para repensar la psicopatología de la infancia y la adolescencia”. En *Revista Argentina de Psicología* N° 40. Publicación de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, 1989. Este artículo sirvió como base para este capítulo.
3. W. R. Bion plantea que el estado psíquico de ensoñación es imprescindible para que las sensaciones proyectadas por el niño sobre la madre (los elementos “beta” o datos sensoriales en bruto) sean transformados por la madre a través de la “función alfa” en elementos pasibles de ser pensados, productores de fantasías, sueños e ideas.
4. He desarrollado este tema en el libro *Marcas en el cuerpo de niños y adolescentes*, de Editorial Noveduc, 2009.